

El general Zaragoza tenía situada su fuerza en los llanos de Escamela y estaba con la parte de su ejército en las goteras de la ciudad, cuando recibió pliegos del Conde de Reus en que se le avisaba de la conducta desleal de los franceses y la trama de Almonte que ponía á la luz las intenciones hostiles de la intervención.

Recibió al mismo tiempo el parte de Díaz, y replegó sus fuerzas en actitud de expectativa al *Ingenio*.

Los franceses no sólo se rehusaron á desocupar Córdoba, sino que caminaron sobre Orizaba en una marcha violenta, apoyándose en los mil *enfermos* que salieron buenos y sanos y armados á sostener el movimiento.

He aquí la impudencia en una de sus fauces más groseras, consignada en la proclama de Laurencez y que presentamos al juicio de la historia:

"Mexicanos: A pesar de los *asesinatos* cometidos en mis soldados; y de las proclamas del gobierno de Juárez excitando á esos atentados, *quería* cumplir fielmente hasta el último momento las obligaciones contraídas con los plenipotenciarios de las tres naciones aliadas; pero recibí del general Zaragoza una carta, por la cual la seguridad de mis enfermos dejados en Orizaba bajo la salvaguardia de las convenciones, se encontraba indignamente amenazada.

"Ante semejantes hechos no había que vacilar; he tenido que marchar sobre Orizaba á proteger mis *enfermos* amenazados por tan vil atentado.

"No por eso deberá inquietarse la nación mexicana, pues la guerra se ha declarado solamente á un gobierno infame que ha cometido contra mis compatriotas ultrajes inauditos, por los cuales, creedme, sabré obtener la debida reparación.

"Orizaba, Abril 20 de 1862.—El general en jefe del cuerpo expedicionario de México.—El Conde Laurencez."

A ningún corazón honrado satisface esa disculpa grosera, inventada por la cobardía y la traición.

Aquel primer paso, fué también el primer acto de la farsa sangrienta que ha desolado á nuestro país.

Esos caudales empleados en las fortificaciones de esa inexpugnable línea de defensa, habían sido infructuosos, y ojalá que importase solamente el numerario, nuestras inagotables minas nos hubieran indemnizado; pero aquella infamia sin nombre dejaba al ejército en una situación verdaderamente terrible, porque la segunda línea aun no estaba concluida, el general Zaragoza creía seguro detener al enemigo en las gargantas del *Chiquihuite*, y repentinamente veía cambiado su plan de operaciones.

La historia ha fallado, y la Francia registra en sus páginas un acontecimiento más de deshonra, que desgraciadamente no importa una novedad en sus recuerdos patrios.

CAPITULO XV.

DE LA MANERA CON QUE SE CONFECCIONA UN JEFE SUPREMO.

I.

Santiago González y Manolo Balboa seguían apresurados en su camino hasta entrar en Orizaba, donde creían encontrar á sus compañeros.

—La tierruja anda revuelta, decía el andaluz.

—Vamos sobre fuego, amigo mío, usted no conoce el país, aquí se juega la vida tres veces por hora.

—Caracoles, esto no pasa en España, allí se muere uno en toda regla; pero no importa, donde se me suba á la cabeza todo lo Manolo, hago una que suene.

—Más vale que no se le suba á usted nada, porque en un descuido nos ahorcan.

—Sólo porque usted me lo suplica, me estaré quedo; pero tentaciones me dan de arremeter, y..... puñaláa!.....

—Entérese usted primero del terreno que pisa y luego hable ó haga lo que le parezca, entretanto, ya sabe por lo que pueda ofrecerse, que es usted ayudante del Cuerpo Médico.

—Eso me viene de perilla; yo, antes de entrar en *quinta*, estaba de criado en una botica, donde hice progresos tan rápidos, que mi amo descuidaba completamente la farmacia cuando Manolo Balboa estaba en la tienda.

—Yo me felicito de hallar un compañero.

—Es que un día, cuando menos lo pensaba, se presentó la autoridad disfrazada, pidió una receta, y la despaché con tal acierto, que mandaron cerrar la botica y á mí se me prohibió desempeñar la profesión.

—Venga un abrazo, ¡amigo mío! dijo con entusiasmo González, estamos á la misma altura de Galeno.

—¿Quién es ese señor?—preguntó el andaluz.

—Siempre está más atrasado que yo, murmuró González.

—Echémonos fuera de la posada y busquemos á los camaradas.

—Sí, respondió González, que estoy inquieto con el lance de los cazadores de Africa.

Los dos amigos salieron del mesón, pero á los primeros pasos notaban que algo de grave iba á acontecer

La ciudad tenía un aspecto sombrío, las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas, y á la gente parecía que la tierra se la había tragado.

Algunos oficiales atravesaban á escape por las calles.

Los dos amigos vieron á los *enfermos* franceses apoderados del hospital de San José y confirmaron sus sospechas.

Dirigiéronse inmediatamente á su alojamiento luego que oyeron ruido de tambores.

Las tropas francesas se apoderaron de la ciudad y una turba de emigrados y gente perdida de la hez de la reacción, que es cuanto puede decirse.

—Estamos diverti los, decía el andaluz, donde me pesquen me entregan al general Prim y me truenan sin remedio.

—Eso sería lo menos, respondió González.

—Sería lo más, camarada, replicó vivamente el andaluz.

—Esto es inconcebible, proseguía González, sólo viéndose se puede creer una acción tan horrible, esto va á costar mucha sangre, y vive Dios que la mía la tengo por algo y para estos lances, luego que caiga la noche nos marchamos.

—Sabe usted, dijo el andaluz, que como sigan las aventuras dejamos la piel en manos de estos caníbales.

—No es nada difícil, estamos de malas y el país se revuelve como una ensalada.

—Como no nos rebanen para componerla, replicó el andaluz, todo está bueno.

—Esta noche nos ponemos en salvo, estando con los nuestros es otra cosa, ya verá usted como varía el negocio.

—Ya lo deseo, querido, esto de andar á salto de mata no es nada divertido.

II.

Las campanas de la ciudad se soltaron en un repique á vuelo para atraer á la población que estaba encerrada en sus habitaciones.

El pueblo comenzó á escurrirse por las calles lleno de curiosidad.

La pandilla que ya hemos descrito, y entre la que se registran hasta frailes exclaustros, se aglomeró como una parvada de zánganos, y extendió una acta de *pronunciamiento*.

Ya sabemos que la antigua monomanía de los conservadores es estar redactando planes que abortan á los pocos pasos.

El *plan* tenía su novedad: era un juego diplomático por el cual los franceses legitimarían su permanencia en el país.

Ya Saligny en las conferencias de Orizaba había dicho claramente, que la Francia apoyaría el *voto libre*, de la nación y al gobierno que de él dimanara.

No podía dudarse del inicuo proyecto de Napoleón III.

Los aliados no quisieron comprometerse obligado á Saligny á cumplir lo pactado, y lavándose las manos tornaban violentamente á sus naves.

Volvamos á los agentes del motín intervencionista.

Los franceses les dieron ya escritos los artículos del *plan*, que encerraba la idea más peregrina que ha salido de las indigestiones diplomáticas.

No tememos fastidiar á nuestros amable lectores con la inserción de este documento curioso, toda vez que ha de llevar algo de histórica nuestra novela.

“Acta levantada en la ciudad de Orizaba, proclamando el plan salvador de la nación mexicana.”

En la ciudad de Orizaba, á los veinte días del mes de Abril de mil ochocientos sesenta y dos, reunidos los señores jefes, oficiales [?] y vecinos que suscriben esta acta, teniendo á la vista las proclamas que se publicaron en la ciudad de Córdoba por el excelentísimo señor general en jefe de las fuerzas francesas, y benemérito general D. Juna N. Almonte, por las cuales se ve que ningún peligro corre la independencia de nuestra amada patria, como los enemigos del orden han querido hacer creer; sino que antes bien, se asegura con la cooperación de las fuerzas francesas, que facilitan igualmente el establecimiento de un gobierno de orden y moralidad, resolvieron adoptar el siguiente programa político:

Art. 1.º Se desconoce la autoridad del titulado presidente de la República D. Benito Juárez.

Art. 2.º Se reconoce al Exmo. Sr. General D. Juan N. Almonte como jefe supremo de ella y de las fuerzas que se adhieran á este plan.

Art. 3.º Dicho excelentísimo señor general queda facultado ampliamente para entrar en un avenimiento con los jefes de las fuerzas aliadas que actualmente se hallan en el territorio de la República, y para convocar una asamblea nacional, que tomando en consideración la deplorable situación en que se encuentra el país, declare la forma de gobierno que sea más conveniente establecer en él para cortar de raíz la anarquía, y proporcionar á los mexicanos la paz y el orden que hace tanto tiempo desean, afín de reparar las pérdidas enormes que han sufrido durante la guerra civil que por tantos años ha destrozado á la República entera.

Art. 4.º Se pondrá en conocimiento del Exmo. Sr. General D. Juan N. Almonte esta acta, y se le manifestará al mismo

tiempo la entera fé que abrigan los que suscriben de que S. E. no negará en tan solemne ocasión sus servicios á la patria, que hoy más que nunca los ha menester con urgencia.

Y habiéndose rectificado en los dichos artículos, firmaron esta acta en la fecha referida, acordando pase una comisión nombrada á ponerlo en conocimiento del excelentísimo señor General en jefe de las fuerzas francesas, Conde de Laurencez."

Los nombres que siguen al calce este ridículo documento no importa á la historia, ni nosotros queremos consignarlos; baste saber que pasan por anónimos en la sociedad y que entre ellos no se encuentra uno solo que merezca la pena.

He aquí la primera página de esa *intervención*, que terminaría como la proyectada anexión de Santo Domingo.

En Córdoba se hizo también un ¡ronunciamento, y en Veracruz, no contando con persona alguna que quisiese suscribir la venta ignominiosa de la patria, se extendió una *manifestación* y todo quedó arreglado.

Los franceses no necesitaban más que esa farsa para declararse el apoyo de la *voluntad* nacional.

Aquella farsa concluyó con una proclama de Almonte á los *habitantes pacíficos* de Orizaba, y otra de Laurencez dispensando una gran protención á este desdichado país, y desposándose con la nación mexicana como el Dux de Venecia con el mar.

III.

El andaluz y el estudiante se mezclaron ya caída la noche en el vitor, que parecía más bien un *convite* de maroma que una azonada política.

La turba los tomó por partidarios de la *intervención*, y ellos no se dieron por entendidos.

—Ya derribamos á Juárez, decía un viejo escualido más reaccionario que Fernando VII; ya nos empacha tanto *ciudadanos*, á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. El Exmo. Sr. General Almonte merece estos dictados y otros más que le pondremos.

—¡Viva el jefe supremo! gritaba un regordete mofetudo; de aquí vamos á la monarquía que volamos; á ustedes les consta que yo he detestado siempre á la república.

—Y yo también! gritó el andaluz; viva la reina!

Santiago González le dió un pisotón tan fuerte á su compañero, que le hizo ver las siete lunas de Saturno.

—Figúrese usted que con el apoyo de S. M. Napoleón III, no nos quita nuestros empleos ni el Preste Juan de las Indias.

—Ese es el negocio, respondió el reaccionario; primero la religión y luego el empleo.

—Como que la campanilla del Viático me hace una falta grandísima, contestó el mofetudo.

—Yo de que no veo los *cerquillos* de los hijos de nuestro padre San Francisco, no estoy contento.

—Como que es franciscano *mi confesor*, dijo González muy compungido.

—Mi esposa, añadió el reaccionario, no sale de la iglesia, ni de la sacristía; yo la dejo, porque eso sí, los padrecitos son más virtuosos que San Antonio, es cierto que algo me cuestan los obsequios; pero en cambio me dan tantas indulgencias y bendiciones, que estoy saturado de santidad.

—Uno es uno y otro es otro, repuso González; yo soy liberal, pero con venerable clero y con fueros, y sin tolerancia de cultos ni registro civil.

Seguía aquella danza intervencionista, hasta que las músicas se fastidiaron, y á la vuelta de una esquina desertaron los clarines y dejaron sola á la tambora y al serpentón.

Las campanas enmudecieron, y los vecinos cerraron sus balcones y ventanas, cansados de una cencerrada tan espantosamente ridícula.

—Ya es hora, dijo Santiago González á Monolo Balboa; podemos marchar impunemente; ya nos la pagarán estos beatos.

—Amigo, en cuanto á la religión y á la monarquía, yo estoy de acuerdo.

Santiago González trató desde ese momento de desprenderse del andaluz y dejarlo en las astas del toro.

—Marchemos, porque estamos corriendo un noventa y nueve por ciento.

—¿Y quién me paga mi sueldo? preguntó Manolo.

—El Ayuntamiento, amigo mío, en eso no hay duda; voy á poner la papeleta, y va usted á cobrarla para que tengamos dinero para el camino, en la casa del prefecto está la pagaduría, no obsta que sea la noche; toca usted hasta que le abran, que necesitamos la mosca.

—Arreglado.

Llegaron al mesón y Santiago puso un recibo en toda regla que le entregó á Manolo, quien directamente se encaminó á la casa del prefecto.

Luego que el andaluz volvió la espalda, el estudiante ensilló los caballos, cargó el equipaje en el de Manolo, y saltando ligeramente, tomó rumbo al pueblo de Acultzingo, donde estaban situadas las fuerzas del General Zaragoza.

IV.

Manolo Bolboa, después de preguntar á todos los transauntes que encontró al paso por la casa del prefecto, llegó á la puerta, que ya estaba cerrada á macha-martillo.

Tocó de una manera tan desesperada, que el viejo portero se levantó.

—¿Quién? dijo de mal humor.

—¿Quien ha de ser? contestó el andaluz; Manolo Balboa.

—¿Y qué se le ofrece á Manolo Valdés?

—Balboa, si usted gusta.

—Bien, ¿que quiere?

—Vengo por el sueldo mío y el de González.

—Aquí no se paga á nadie.

—Camarada, usted no sabe lo que se pesca, yo soy soldado.

—¿Y qué me importa?

—Despierte al señor alcaide, y dígame á su merced que lo necesito.

—Está durmiendo.

—Por eso mismo le digo que lo despierte.

—No puedo, luego se incomoda.

—Pues que se incomode.

—Usted se ha equivocado, váyase á su cuartel.

—No me da la gana, abra ó echo abajo la puerta.

El andaluz siguió dando tales golpes á la puerta, que el prefecto se despertó é hizo entrar á Balboa.

—¿Qué le quiere usted á la autoridad?

—Que me pague esta papeleta.

El prefecto vió aquel recibo y después al andaluz.

—¿No es bueno? preguntó Manolo.

—No sé de qué se trata.

—Está claro, de pagar; ¡pues me gusta la pregunta!

—¿Quién es usted?

—Ya se lo dije al diablo del portero, soy Manolo Balboa, desertor del ejército español y amigo de México.

—Preséntese usted en el cuartel inmediato.

—¡Ca! yo no me presento, tengo que reunirme con la tropa de un tal Zaragoza.

El prefecto habló al oído al portero, y éste salió violentamente.

—¿Conque usted se ha desertado? preguntó el prefecto.

—Ya lo sabe todo mi regimiento á estas horas; yo soy de mi general Prim, un médico me sedujo y ya cambié de bandera, eso es cosa demasiado sencilla.

—¿Y usted es liberal?

—Gasto todito el sueldo y no he guardado nada para los padres.

—¿Y qué piensa usted hacer en México?

—Lo que estoy haciendo, cobrar el sueldo y luego lo que me manden.

—Es un desgraciado, pensó el prefecto.

El portero llegó con dos oficiales.

—¿Qué manda el señor prefecto? preguntó el de más graduación.

—Este soldado español se ha presentado y quiere servir en el ejército.

—Ni más ni menos, respondió Manolo.

—Con permiso de usted me lo llevo.

—Vamos, dijo el andaluz, sólo que necesito ir por mi equipaje al mesón.

—Ecompañenle ustedes.

—¿Y la paga?

—Ya la tendrá usted inmediatamente.

—Mejor.

Los oficiales se dirigieron al mesón.

El andaluz entró en el cuarto, y hallándolo escueto, le pareció que se había equivocado, y registró todo el alojamiento.

—¡Diablo! mi compañero ha volado con todas mis prendas, ó el cuarto se ha perdido; lo que siento es mi cruz de Africa, aunque se la han dado hasta á los que fueron de *mitones*, música y acompañamiento. Marchémonos en seguida, porque ese diablo de mediquín se las ha guillado hasta con mi jaca; ¡y para esto sirven los jefes supremos!.....

Manolo Balboa quedó filiado en un proyectado batallón que nunca llegó á completarse, y en calidad de sargento *furiel*.

CAPITULO XVI.

SIGUE LA HISTORIA DEL TERCER APARECIDO.

I.

En el pueblecito de San Gerónimo, que está situado á la izquierda del camino de las Cumbres de Acultzingo, estaba albergada en una de sus casucas la familia de D. Luis de Aguilar, que tenía un rancho próximo al pueblo.

La familia se componía de una señora avanzada en edad, y de un joven, mocetón, robusto y bien acondicionado.

Don Luis era hombre franco y dispensaba generosa hospitalidad á una señora llamada Doña Juliana, viuda de Heraclio Mondoñedo, y á una joven que ya conocen demasiado nuestros lectores.

El mancebo le hacía el amor á la muchacha, lo que está muy puesto en razón, si se atiende á que vivían enteramente solos en la ranchería, y no había en qué ocuparse que diera mejores resultados.

La joven comenzó por hacer dengues, después se fué haciendo suave como una gamuza, á más andar dió una esperanza al mancebo, que no cesaba en requebrarla, y acabó por creer que lo amaba.

Entonces los dos jóvenes se levantaban con la primera luz, ataban á la vaca y la ordeñaban, hacían quesos y daban de comer á los pollos, y se decían piropos que era una gloria.

Don Luis de Aguilar era una persona despreocupada, y veía aquellas *camelaciones* con indiferencia, mientras la señora decía á su hijo: Guilebaldo, ten mucho cuidado, la mexicana es muy capaz de volverte loco, si te quieres casar, díme lo con franqueza para enviarte á Matamoros á trabajar cinco años y después consentir en tu matrimonio.

Guilebaldo, á quien agradaba más la vida pastoril á la de Pablo y Virginia, juraba á mil cruces que amaba á la niña como á una hermana.

Doña Juliana ex-Mondoñedo avivaba más el fuego de aquella hoguera diciendo á la joven: Isabel, te conviene casarte con Guilebaldo, estos *jarochos* están podridos en pesos; aunque los veas montados en caballos más flacos que las muletas de tu padre el Sr. Torre-Medalla; además, que el novio es buen muchacho, cierto es que la inteligencia no es su fuerte, pero los hombres que piensan mucho son muy peligrosos, y á los brutos se les domestica con más facilidad; yo lo sé por experiencia.

—Señora, contestaba Isabel, yo no soy imán del dinero; pero amo á Guilebaldo, él me ha ofrecido robarne como preliminar de matrimonio, pero yo ya estoy escarmentada, y les tengo tanto miedo á los *nobles* como á los *bellacos*.

—Es cierto, observaba Doña Juliana, aquí eso no sería ni aun siquiera escandaloso, porque no hay población, ni donde tomar un chisme ni aun para remedio.

Presentóse Guilebaldo en aquellos momentos.

Era un joven de veintiun año, gordo, de ojos grandes, frente pequeña, piés deformes embaulados en unas botas de venado, cuerpo bajo y regordete, por lo demás, era simpático.

—¿Ya vino usted del potrero? preguntó Isabel.

—Pues no, respondió el mancebo, como que no puedo estarsin ver á usted una hora, con permiso de Doña Juliana.

—Yo estaba triste extrañando á usted.

—Toma! con mayor razón picaba con las espuelas al tor-dillo, diciéndole, camina maldito, que vamos á ver á nuestra novia.

--Lo dicho, pensó Juliana.

—Y después, para agujonear al mancebo y estrecharle al matrimonio, dijo en voz alta:

—Estas pequeñas ausencias son tortas y pan pintado; cuando nos váyamos, que ha de ser muy pronto, entonces verán lo que es bueno.

—Vea usted, señora, primero me dejo caer de la primera cumbre que separarme de Isabelita; yo no he conocido, hasta ahora, mujer que me haya *petado* más en la vida; mi madre me ha dicho muchas veces: Guilebaldo, tu prima Tomasa no te vendría mal para casarte; pero es que no tiene esos ojos, ni esa boca, ni todo eso tan lindo que tiene Isabelita; por eso he dicho, si no quieren dejarme casar contigo, vámonos, y en el próximo curato nos presentaremos, y nada más con que nos echen el *garabato*, es cosa hecha, la Doña Juliana nos servirá de madrina y ya está el cuento acabado.

—Pero usted no cuenta con dinero alguno, Guilebaldo, observó Doña Juliana.

—La cosa es clara, repuso el mancebo; yo tengo en mi poder todo el dinero de la cosecha, me lo presto, que hay después lo pagaré; además, que mi abuela me dejó las tierritas, y yo soy el único dueño, y que yo de que *cabezeo*, nadie me saca de lo que digo; conque si usted nos acompaña para que no se hable del *deshonor* de Isabel, no tenemos más que hablar.

—Yo estoy dispuesto á todo, pero ignoro si esta niña consentirá.

Isabel meditó un rato, y considerando lo triste de su situación, y lo poco de amor que le tenía al mancebo, dijo:

—Pues mañana saldremos de San Gerónimo, y no paramos hasta Puebla, donde nos presentaremos al registro civil.

Guilebaldo tiró el sombrero á lo alto, é hizo media docena de barbaridades para solemnizar tan fausto acontecimiento.

II

El lector querrá saber cómo la hija del inválido Torre-Mellada se encontraba en el pueblo de San Gerónimo.

Cuando Isabel supo el casamiento del Conde del Jaral, y

no encontró en su derredor más que personas que por su situación no podían prestarle ayuda, y si rodearla de acechanzas en las cuales tarde ó temprano tendría de caer, se salió al acaso de la habitación de los estudiantes, comenzó á correr las calles sin rumbo, hasta que dió con uno de esos beatos tan aficionados al sexo hermoso, que comenzó á seguirla sin dar sospechas al público, pues nadie adivinaba á un galán oculto en una capa larga, bajo un sombrero piramidal, y con unos cuellos de camisa capaces de aparejar tres fragatas de guerra.

—Dispense usted, criatura, decía el devoto, yo la acompañaré, hay muchos escollos en el mundo y usted tiene unos ojos pecaminosos, yo la dirigiré á usted por buen camino; vamos, contenga el paso que ya saco la lengua de cansancio.

Isabel, que por mucha escuela militar que tuviese, era una niña, se aterrorizó con los galanteos del devoto y penetró en una casa de vecindad, subió la escalera y se entró por la primera puerta que encontró abierta.

—¿Qué se ofrece, señorita? preguntó la dueña de la casa, que era Doña Juliana

—Señora, tenga usted compasión de mí.

—¿Se siente usted atacada de los nervios?

—¡Señora, soy muy desgraciada y necesito amparo!

Doña Juliana, conocedora del mundo, no vió tras de la faz de aquel semblante juvenil, nada por donde el aliento impuro de ese mundo hubiese pasado.

—Bien; cuénteme usted lo que le acontece, y dígame en qué puedo servirla.

—Por ahora, en librarme de un hombre que me sigue; más tarde le contaré á usted mi historia.

En esos momentos el devoto, que había seguido á Isabel, entró en la casa de Doña Juliana.

—¿Señor Rodríguez, usted por aquí?

—Mañana es día *primero*, y ya sabe usted que tengo que llevar la limosna para la misa de doce.

—Ya.

—Perdone usted, niña, no la había visto á usted?

Isabel saludó con una inclinación de cabeza.

—No conocía á la señorita, ¿es acaso parienta de usted.

—Sí, es una sobrina que ha llegado de Actópan.

—¿Y tiene padres?

—No, es huérfana.

—Puede haber un lugar en las Viscainas, es necesario preservarla de los precipicios que abre á nuestros piés la malignidad humana.

—Es cierto.

—Las jóvenes, continuaba el devoto, están rodeadas de peligros; el aliento fétido de las pasiones, ha marchitado más flores que el invierno; esta casa no me parece á propósito, si

usted gusta pasar á la mía, tendrá usted todas las garantías que son debidas á una niña recatada como usted.

—Gracias, dijo Isabel verdaderamente asustada.

—¿Y hará mucho tiempo que usted no se confiesa?

—Un año por la cuaresma.

—¡Un año! exclamó el devoto, he ahí el fruto de la horfandad, y del abandono, la pérdida de las creencias, la tibieza en la religión, y le falta de ánimo en las creencias cotólicas: ¡Dios mío! esta alma se pierde irremisiblemente.

El beato Rodríguez era uno de aquellos seres que invocan impío la santidad de la religión para el logro de sus pasiones groseras, uno de esos entes que prestan materia para desprestigiar una institución; uno de esos hombres que pasan horas enteras arrodillados delante de los altares, y salen del templo para robar los bienes á la pupila, á defraudar una herencia, á despilfarrar en el secreto de sus vicios la herencia confiada á su buena fé, y á engañar á una familia para perderla.

De estos ejemplos se ven todos los días y en todas las sociedades. Más víctimas ha hecho la hipocresía que el vicio en su ostentación.

Rodríguez trataba de apoderarse de la joven á todo trance.

—Los impíos han cerrado los conventos; pero quedan aún nuestras casas para el asilo de la virtud y de la religión decía el beato lleno de emoción.

Doña Juliana temió que Isabel condescendiese, y contestando á las ofertas del beato, le dijo que su sobrina lo pensaría, y que daría su resolución dentro de tres días.

Rodríguez se despidió protestando rogar á Dios por aquella infortunada, que no se había purificado hacía seis meses en el tribunal de la penitencia.

III.

Luego que aquel demonio de la hipocresía abandonó la casa de Doña Juliana, el señor Aguilar que estaba de huésped, salió de las piezas interiores hecho un energúmeno.

—Señora, ese hombre es Lucifer, me faltaba la paciencia y estaba para reventar como una bomba y hacerlo pedazos.

—Señor Aguilar no haga usted aprecio de ese majadero, es un devoto hipócrita, y yo no consentiré jamás en que la señorita vaya á su casa.

—¿Y quién es ese señor Rodríguez?

—Un abogado lleno de enredos, tutor de muchas jóvenes y hombre de tretas.

—¡Abogado! exclamó el señor Aguilar, no siga usted, ya está dicho todo; les tengo más miedo á esas aves de pluma, que á una helada el día de Santa Rosa.

—Yo no sé cómo huir de ese hombre.

Vea usted, Doña Juliana, usted es mi comadre, yo la precio á usted mucho, y luego que sepamos quién es esta niña, nos la llevaremos á San Gerónimo, donde voy á recoger la cosecha.

—Señor, dijo Isabel, yo lo conozco á usted.

—¡A mí!

—Sí, lo he visto á usted en casa de mi padre alguna ocasión; por cierto que riñeron y desde entonces no tuve noticia alguna.

—¿Cómo se llama usted?

—Isabel Torre-Medalla.

—Bah! bah! dijo Aguilar, ya me esperaba este resultado; supongo que cuando menos la habrá arrojado á usted de la casa, ese hombre tiene un genio de demonio.

—Isabel no se atrevió á decir la verdad, y permaneció en silencio no queriendo calumniar al pobre inválido.

—Desde hoy no se separará usted de mí; yo debo de sustituir á ese cafre en sus obligaciones; usted será mi hija, y yo me entiendo y bailo solo.

Doña Juliana estaba admirada.

—Mañana salimos á la madrugada para San Gerónimo, y usted irá con nosotros, supongo, Isabel, que no desconfiará usted de mí.

El acento de aquel hombre era tan franco, como la joven no dudó en entregarse á su destino.

—La presentaré á usted á mi esposa, que es una vieja excelente, y á mi hijo, que es un guapo muchácho, buen mozo, honrado y trabajador.

—Yo acepto la protección de usted, caballero.

—No hay más que decir; desde hoy forma usted parte de la familia; me encargo de todo, y mañana al amanecer partimos para San Gerónimo, Doña Juliana irá en nues tra compañía.

—Acepto, acepto de mil amores, contesto Doña Juliana; usted sabe que estoy casi viuda con la fuga de ese infernal gallego, á quien deseo cordialmente se lo trague un tiburón ó una ballena, ¡ingrato!

—Bien, bien, dijo el señor Aguilar, lo que importa es que el lagarto del abogado Rodríguez no vuelva á ver á la muchacha; ese devoto es más peligroso que Mefistófeles.

—Ese señor debe ser muy malo, observó Doña Juliana.

—Sí, señora contestó con sorna el señor Aguilar, es de lo que hay poco.

A la mañana siguiente, cuando Rodríguez volvió á la casa de Doña Juliana, la encontró desierta y con cédulas.

El devoto se merdió los labios de mohina y se tiró del coquete; pero al *observar* que lo *observaban*, convirtió aquel acto del Mal-ladrón en un símbolo católico, y comenzó á santiguarse.

Calóse el sombrero hasta las orejas, pasó su mascada varias veces por las mangas de su frac color de pasa, y salió de aquel edificio, murmurando en son de oraciones cuanta maldición tuvo á mientes y se le vino á la boca,

IV.

El señor Aguilar presentó á la joven, y fué recibida en el seno de su honrada familia.

Guilebaldo, á quien conocen nuestros lectores, se quedó con la boca abierta al ver la frescura y belleza de Torre-Mellada.

La pobre joven, viendo perdidos sus amores con el Conde, no quiso pensar más en él, y desde luego se propuso flechar al infeliz aldeano, que cayó como un pichón á los piés de aquel gavilán.

Guilebaldo la veía con mucha atención, le hacía gracia cuando se reía, cuando estaba seria, cuando hablaba, cuando estaba en silencio; es decir, estaba acometido de mal de amores y atacado de todos los síntomas de tan horrible enfermedad.

Comenzó por levantarse tarde á consecuencia de sus vigili-
as, descuidó el ganado, dejaba vacas y borregos pasar juntos la noche, así es que la leche disminuía notablemente, lo que le costó una paliza al vaquero, dada en son de *moral* por el padre de Guilebaldo.

El mancebo prefería estar en casa á recorrer los campos sembrados, y su caballo, á fuerza de ociosidad, se había hecho barrigón y perezoso.

Guilebaldo había llegado hasta el extremo inconcebible de lavarse la cara todos los días y peinarse, sacudir sus botas; esto sí no tenía remedio, el hombre estaba de remate enamorado.

El domingo se ocultaba en un rincón de la Iglesia y estaba "con un ojo al gato y otro al garabato," es decir, un ojo á Isabel y otro al padre del sermón.

Isabel coquetiaba desesperadamente, y el infortunado joven berreaba de pasión.

Una noche en que las señoras grandes se entretenían en

contar *ejemplos*, los dos jóvenes paseaban en el corredor á la luz de la luna, como Norma y Poleón.

Aquel Poleón estaba de *calzonera* y sombrero *farano*, lo cual no obstaba para sus amores.

Guilebaldo se resolvió por la quincuagésima vez á declarar su pasión á Isabel Torre-Mellada.

Rascóse la oreja, tartamudió algunas frases, y al fin dijo con un arrojito desconocido:

—En segundo lugar, yo amo á usted; Isabelita.

—¿Y en primero, qué?

—Es decir, que yo la quiero y estoy desesperado, y me quiero casar y matar al mismo tiempo, y si usted me dice que no, me ahorco, y si me da el sí me desnucó; y si se queda callada, me estrello contra la primera roca del camino, allí hay una muy apropósito, yo la he examinado bien y espero que me responda luego, luego.

—Lo pensaré, dijo Isabel; contenga usted entre tanto su furia.

Nada de esperas; esta misma noche ha de ser todo.

—Pues bien, dijo Isabel, compadecida de los sufrimientos del mancebo: si usted me promete amarme toda la vida, esta mano es de usted.

Guilebaldo se arrojó como un tigre hambriento sobre aquella delicada mano, y sin decir oste ni moste, le plantó docena y media de besos, más bien más que menos.

Doña Juliana oyó el fuego graneado y dijo para su co-
leto:

—La plaza está tomada.

Desde ese día el mancebo no pensó más que en Isabel, y la joven se sintió influenciada ante un amor tan grande.

La soledad del campo, y sobre todo, la presencia de una sola mujer y de un solo hombre, absorbió el sentimiento de los jóvenes y se amaron.

Guilebaldo, con la amenaza de su señora madre, de enviarlo por cinco años á Matamoros, determinó romper el nudo gordiano y celebrar un enlace clandestino, á cuyo efecto dispuso el rapto de la joven en compañía de Doña Juliana, cómplice medeanera de sus amores.

A la mañana siguiente, 20 de Abril de 1861 debía consumarse el segundo rapto de Isabel Torre-Mellada.



CAPITULO XVII.

LAS CUMBRES DE ACULTZINGO.

I

¡Las cumbres! allí está ese espléndido panorama de gloria! El suelo del Anáhuac, levantado tres mil metros sobre el nivel del mar; allí violentamente cortado á pico, formando una inmensa y altísima muralla de rocas titánicas, ceñidas por un espeso bosque!

Allá abajo queda la costa.

Primero se vé como perdido en un abismo, el pueblo de Acultzingo, blanco, pequeño como una ave posada en la verde ribera de un Arroyo.

Mas allá, la sábana con los cambiantes matices de su vegetación exhuberante, en zonas sobrepuestas teñidas de esmeralda. Sobre ese horizonte, una faja azul, ondulada, vaga, perdida en el espacio y confundida con la faja color de rosa del cielo.....es el mar!

El viajero, al llegar á la cima de la cumbre, se detiene aturdido, mareado, y no comprende como descenderá á la costa.

Y sin embargo, el hombre trazó una vía en el flanco de la montaña, y abrió un camino escalonando las peñas.

Y así se descende como un vértigo, en medio de encinas seculares y árboles gigantescos, velados casi siempre por una niebla densa y sombría, que envuelve aquellas inmensas rocas, dejando flotar en sus grietas sus movibles girones.

Allí, en aquella perspectiva olímpica, paso el primer acto del sangriento drama nacional: allí, en aquellas cumbres, se virtió la primera sangre mexicana, que como un reguero de luz y de fuego, debía correr hasta el interior del país, incendiándolo todo.

II.

Era el 26 de Abril de 1862.

El Ejército de Oriente ocupaba el espacio comprendido desde las cumbres hasta San Agustín del Palmar.

Pero según las noticias comunicadas por los exploradores durante la noche anterior, el enemigo se había movido de Orizaba.